

como sí nosotros" (*Final de texto*, pág. 33); "se abatió la condena de sembrar luz / en los labios de los muertos / así / ¿hacia dónde? / ¿para siempre?" (*Final de texto*, pág. 41); y, entre otros, "¿hacia dónde deriva este destierro perpetuo?" (*Final de texto*, pág. 45).

De atmósfera opresiva, cargada de sortilegios insospechados, los textos *De la incesante partida* tienen en común el énfasis sobre la incomunicación y la angustia, sus huyentes se desplazan a lo largo de un monólogo del cual el poeta no pretende distraerlos, y más bien prefiere viajar con ellos en su loca longitud de onda. Así, el relato poético de Mauricio Contreras presta mucha atención a las imágenes y al lenguaje que con una delgadez barroca, aunque esto suene contradictorio, va traduciendo furores individuales, sacrificios telúricos, desafíos confusos, gritos de hambre y muerte, que el poeta, por medio del desenfreno de la palabra, narra con dinamismo y audacia.

GUILLERMO  
LINERO MONTES  
guillermolinero@gmail.com

## Nadie es alguien

### Las hipótesis de Nadie

Juan Manuel Roca

Colección de Poesía, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2005, 129 págs.

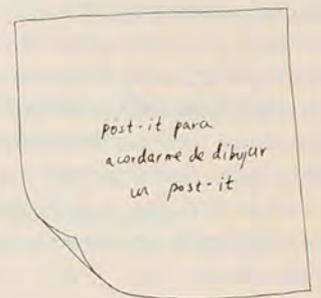
Con el poemario *Las hipótesis de Nadie*, Juan Manuel Roca (Medellín, 1946) recibió el premio nacional de poesía Ministerio de Cultura, en su versión de 2004, y la edición impresa que aquí reseñamos es una publicación exclusiva para la Colección de Poesía de la Universidad Nacional de Colombia.

Juan Manuel Roca ya había obtenido antes distintos premios (en poesía y otros géneros literarios), en

un récord que podría hacer pensar a muchos que, además de poeta, quizá sea también un disciplinado y consuetudinario concursante. Pero no es así, y a quienes hemos visto con atención la evolución de su lenguaje, estilo y pensamiento poéticos, nos consta y sabemos, y podemos afirmarlo con desenvoltura, que ello dista mucho de la verdad. De hecho, *Las hipótesis de Nadie* son la concreción de una obsesiva alusión del poeta, a la que, después de muchos años de moldearla con soslayados instantes en el interior de sus demás obras, le cierra la puerta para clausurarla por fin como intimidad, haciéndola protagonista en una natural responsabilidad de artista, como es la de asumir y exorcizar sus propias expectativas y sus espectros personales. En efecto, en este libro Juan Manuel echa partido de lo que en su madurez creativa es ya de absoluta e indiscutible autenticidad. Me explico con un ejemplo: si en las obras anteriores las sombras de sus recurrentes fantasmas literarios (Vallejo, Trakl, Dylan Thomas, Rimbaud,...) hacían sus apariciones prestándoles a los versos de Roca alguna estructura corpórea (obvio que de carácter formal) y giros verbales que en su momento bien sobrecreó, en esta obra, por el contrario, de tales personajes apenas rondan sus sombras y lo hacen sólo para ser mentados desde la subjetividad y lo cognitivo del poeta: ahora Juan Manuel no imita sus trazos, sino, por el contrario, con los suyos, les hace a ellos retratos de nostalgia, siluetas que nunca antes Nadie había concebido.

¿Pero, además de los mentados retratos literarios —sus parientes estéticos—, quién es Nadie? Nadie es la ingravidez, lo noble, lo frágil, lo intangible. Es también el flanco camuflado y la correspondiente imagen virtual que todo cuerpo físico posee. El olvido y no la insidiosa presencia de los recuerdos. La ruina que habla de una casa y no la casa disimulando su aniquilación. Tampoco la música, sino sus largos silencios. Nunca la silla, sino el vacío de quien estuvo allí sentado. Antes que

la mujer, su líquida condición de huidiza. Más que la noche, el brillo de la luna en los montículos. Trenes que pesan por la carga de su misterio y no a causa de sus hierros y Aceros. Pero también el "otro" y la lógica presencia de sus temas de siempre: los espejos, la noche... y, por supuesto, el monólogo, que Juan Manuel Roca deja a sus personajes comunes y corrientes, entre los cuales el poeta elige los más aviesos en su actitud de oficiantes de lo raro, y lo hace quizá para desenvolver soliloquios ficticios:



El chatarrero:

*Me acecha el metal. Los resortes de un catre de hospital yacen como vísceras de un animal venido de otro mundo. Herraduras sin caballo, cadenas sin preso, florecen en el Reino de Nadie.*

[...]

[De: *Monólogo del chatarrero*, pág. 45]

El iracundo:

[...]

*Es la ira,  
Mi desbocada ira  
Que viene blandiendo sus  
[espadas.*

[De: *Canción del iracundo*, pág. 100]

El constructor de ruinas:

[...]

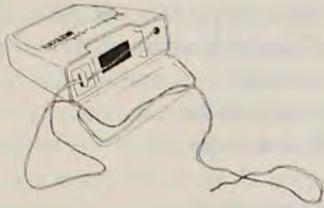
*Un hombre levanta la fachada  
[de su casa como quien  
amputa la lejanía.*

[...]

[De: *Consejos del constructor de ruinas*, pág. 67]

El pintor:

[...]  
 Pronto borraré mi crepuscular  
   [figura del óleo,  
 —Emperador de mi cuerpo—  
 Y sabrán que es de la misma  
   [materia  
 La ausencia de un hombre o de  
   [un caballo.  
 [De: Testamento del pintor  
 chino, pág. 53]



En fin, existencias todas, que de no haber sido raptadas de su inefable condición por Roca, de seguro Nadie lo habría hecho por él.

La agudeza y efectividad de Juan Manuel Roca en la construcción de metáforas, imágenes, relaciones simbióticas, etc., hacen de él un inagotable surtidor de ideas, hasta el punto de que algunos de sus poemas no son sino eso: impulsos de contundente creatividad que sin apagarse como ocurrencia (línea o verso) dan paso a otra de la misma intensidad y efectos. Y ello es visible en la forma de enumeración característica de algunos de sus textos —y en cada uno de sus apartes— que precisamente nos permiten afirmar lo dicho, como es el caso del poema *Tertulia de sombras*, citado a continuación, el cual constituye a mi juicio una sarta de ideas poéticas, semejando, cada una de estas ensartadas ocurrencias, un poema completo al estilo de los producidos por ciertos vates de nuestro medio que se inspiran con esfuerzo para dar a luz “poemas breves”, “haikús”, “epigramas” y/o “poemillas de pelo corto”:

**TERTULIA DE SOMBRAS**  
*Pregona el anunciador: señoras  
   [ y señores, la sombra  
 del trapeicista buscará en el aire  
   [la sombra del trapeicio.*

*Disparan los cazadores: la  
   [sombra de la lanza hiende  
 la sombra del leopardo.*

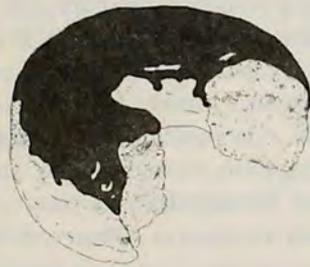
*Advierten los jardineros: la  
   [sombra del rastrillo quisiera  
 sembrar la sombra de una flor.*

*Lo afirma el timonel: la sombra  
   [de la bandera trapea en  
 la sombra del buque.*

*Dan fe los sepultureros: la  
   [sombra del tiempo, señora  
 del zarpazo, tiene escondida su  
   [guadaña.*

*Sospechan los ancianos: la  
   [sombra de Nadie acaso se  
 oculte en la de Alguien.*

*Lo piensa el prisionero: las  
   [sombras de las rejas malgastan  
 el sol.  
 [pág. 44]*



De la misma manera este poema es también ejemplo de cómo Roca —semejante a un rey Midas— convierte al instante a cuanto objeto, cosa, animal o ser, haya rozado con su pluma, en niebla o nube, en sombra o aparición, en vacío o ausencia, y tal vez lo haga apoyado en esta justificación: “No es que el tiempo menosprecie las obras del hombre o que no sepa discernir entre la nada y la belleza, pero es su juego llenar el mundo de vacíos”. Por esta misma vía, Juan Manuel Roca ha eliminado cualquier alusión al mundo nombrado tradicionalmente en la poesía, cuyo paisaje no tiene vida por fuera de la materia compacta. De una vela encendida, por ejemplo, aprecian la armonía de su forma y el volumen, pero nunca perciben el calor que de ella se desprende. En

la poesía hace ya mucho rato que no valen nada las representaciones, ni los calcos denotativos de la realidad, y hoy, y en la poesía de Roca, tal representación se parece mucho a la valoración que el hermético Eugenio Montale hacía de los pobres elogiando al limón: “Los pobres también tienen su porción de riqueza, y es el olor de los limones”.

GUILLERMO  
 LINERO MONTES  
 guillermolinero@gmail.com

## Sugiere pero no profundiza

### Soles rotos

Miryam Alicia Sendoya Guzmán  
 Ediciones Sociedad de la Imaginación,  
 Bogotá, 2003, 109 págs.

Casi siempre la poesía hecha por mujeres está limitada a los temas del erotismo y de la confesión íntima, un marco estrecho que a pesar de todo sigue siendo la referencia para centenares de creadoras. Claro, existen las excepciones, y una de ellas es la autora del presente libro. A pesar de la suma brevedad que la caracteriza, deja entrever la adquisición e interiorización de un lenguaje (el lenguaje como asunto de intervención creadora), intención de concederle más atención a la invención formal y verbal que a los temas. No olvidemos que la costumbre de fijar en las mujeres un tono y una representación en su escritura, diferente de la de los hombres, es el rezago de un feminismo trasnochado que se preocupa exclusivamente por las nociones de género y no por los argumentos de calidad, profundidad y trascendencia. Afirmando lo anterior porque la autora de *Soles rotos* proviene de la promoción que realizan ciertos encuentros de poesía de mujeres, eventos cuyo principal valor es el de constituirse como un fenómeno sociológico, respetables ins-